



Piedad y perdón

Fernando Urruticoechea Basozabal

A mi ama, Mariluz, que nunca ha entendido que no heredara su odio y fuera rojo. Tenía 10 años cuando asesinaron a su padre y era hija única. La quiero.

Me educé desde niño con el dolor y el odio de mi madre, que continúa hoy en día, por el asesinato de su padre y su tío sacerdote en la cárcel de los Ángeles Custodios en Bilbao el 4 de enero de 1937. Fueron asesinados el mismo día por linchamiento y cara a cara, 234 presos derechistas indefensos, de un total de unos 2.000 encerrados¹, tras el asalto de 4 cárceles bilbaínas por milicias socialistas y anarquistas ante la pasividad de las autoridades del Gobierno vasco responsables de la custodia de los presos, en lo que creo que ha sido el mayor crimen de la historia de Bilbao. Ni entonces, ni ahora, el Gobierno vasco ha pedido perdón por tal atrocidad. Ni siquiera dimitió o cesaron al consejero de Gobernación, Telesforo Monzón, que tenía que haber hecho intervenir a los gudarís.

Mi madre tuvo el pequeño consuelo de tener los paliativos de los vencedores, con compensaciones económicas y morales, como la tener una calle con el apellido de su padre y tío en su localidad natal de Munguía, "Hermanos Basozabal". Por cierto, eliminada con el primer ayuntamiento democrático del PNV, sin piedad, ni memoria alguna.

Me hice activista por las víctimas del terrorismo vasco al pensar, por experiencia propia, que el dolor de las víctimas sería infinito y eterno, que pasaría de hijos a nietos y que ninguna causa política vale ni justifica nunca tanto dolor.

Con los primeros relatos de los activistas de la memoria histórica caí en la diferencia de los sentimientos de las víctimas del terror franquista: al duelo por el asesinato de sus parientes tuvieron que unir sentimientos de humillación, indignidad e incluso culpa, cuando no la incautación o destrucción de sus bienes. Y miedo, un miedo terrible cuya

consecuencia fue el silencio sobre la suerte de sus cadáveres. Además, la maldición social de ser parientes de rojos con el estigma de que algo harían para ser eliminados. Pienso en sus miedos de años y años, al pasar por las cunetas, por los lugares donde podrían estar sus seres queridos sin poder hacer nada, por iglesias y monumentos con los nombres sólo de las víctimas de los vencedores, de los caídos por Dios y por España.

Es espantoso el silencio impuesto y aceptado, el que millones de españoles tuvieran que callar, no oír y no ver nada relacionado con la guerra civil. Revivo las infinitas lágrimas de mi madre con la historia del hijo de una de las trece rosas que no llegó a conocer la carta de su madre hasta que fue mayor, con las historias de los artistas contra el franquismo, con la del bisabuelo del actor Paco León, etc. Me estremezco de nuevo con los testimonios de los testigos en el juicio contra Garzón que exigen su derecho a saber sin afán de venganza, lamentando que "todo el mundo haya mirado para otro lado en los últimos 75 años"².

El auto de Garzón recogía información de 114.266 víctimas desaparecidas entre el 17 de julio de 1936 hasta diciembre de 1951³. Expulsado Garzón de la carrera judicial, sigue pendiente "la recuperación de la dignidad de muchos que fueron asesinados por los franquistas. Devolverles la dignidad y dar a sus familias la posibilidad de completar el duelo que Franco les negó. Hay que ser malnacido para seguir negándolo"⁴.

Ahora que conocemos las historias individuales de algunas de las víctimas del franquismo, el horror se agudiza y la rabia por la falta de piedad colectiva a esas decenas de miles de víctimas que han sufrido en silencio tanto horror sin encontrar amparo tras la restauración democrática de 1978, ni siquiera con los gobiernos socialistas habidos desde 1982. Sólo se acordaron de las víctimas del holocausto franquista cuando volvieron a la oposición, a partir de 1996.

Resulta aterradora la pasividad de nuestras autoridades democráticas; el que la primera exhumación



rigurosa de fosas del franquismo se hiciera en el año 2000 y que, a diferencia de Argentina, la autoridad judicial sólo haya intervenido en tres de las 200 efectuadas desde entonces.

Por ello, independientemente de la puñetera verdad de la legitimidad política de la II República como dice Javier Cercas⁵, tenemos que asumir que los muertos por asesinatos, tanto franquistas como republicanos, son de todos⁶. Es urgente acabar con el sufrimiento de miles de españoles silenciados y humillados, sin ver ni saber nada de sus cadáveres, perdida la esperanza.

Añado, que también son de todas las víctimas del terrorismo de ETA y del Estado español o de brigadas negras. Es urgente que pensemos en los que todavía esperan justicia: 314 asesinatos de ETA después de 1977 sin sentencia⁷ y varias decenas de víctimas de la transición democrática también sin sentencia, como los de Vitoria y los de Montejurra.

A mi madre no puedo pedirle que entienda que todos estos muertos son de todos, ya que bastante tiene con los suyos propios. Tampoco al resto de víctimas, pero sí a los responsables políticos y judiciales, sean de la ideología que sean. Nunca entendí la sensibilidad parcelada que han demostrado algunos dirigentes de organizaciones por la paz en Euskadi, como la de atender sólo a las víctimas del terrorismo etarra y clamar contra las reclamaciones de las víctimas olvidadas del franquismo y contra el auto de Garzón al investigar los crímenes del franquismo.

Tampoco comparto la memoria parcial de los que sólo recordarán el horror en el 75 aniversario del bombardeo de Gernika el próximo 26 de abril⁸ y no la atrocidad del asalto y linchamiento de las cárceles bilbaínas el 4 de enero de 1937. Extraño recoveco de la historia, que hace que sean universalmente reconocidas las víctimas del bando perdedor y no las del ganador.

El gobierno español tiene la ineludible obligación de tener piedad con las miles de víctimas del franquismo y abrir todas las fosas conocidas en el plazo más breve posible.

También el Gobierno vasco tiene la obligación moral de pedir perdón por los presos bajo su custodia asesinados en las cárceles bilbaínas. Estoy seguro de que algunos centenares de familias vascas tendríamos una pequeña satisfacción.

El ejemplo lo dio el Gobierno británico en el año 2010 al pedir perdón por el Domingo Sangriento en el Ulster. Su primer ministro, David Cameron, admitió en los Comunes que la famosa matanza del Bloody Sunday en Irlanda del Norte, el 30 de enero de 1972, "ni estaba justificada ni es justificable" y se declaró "profundamente consternado" por lo que hizo aquél día el Ejército Británico⁹.

Son heridas abiertas posiblemente para siempre, pero para que no supuren, es imprescindible que los muertos descansen en paz y que los culpables sean procesados.

Piedad y perdón, que bellas palabras y qué difíciles de acometer, pero obras son amores y no buenas razones. □



1- Xuan Cándano, El pacto de Santoña (1937). La rendición del nacionalismo vasco al fascismo, La esfera de los libros, Madrid, 2006, pág. 71.

2- EL PAÍS, 7 de febrero de 2012, pag. 18.

3- PÚBLICO, 22 de enero de 2012, pag. 5.

4- Jorge M. Reverte en EL PAÍS, 18 de junio de 2010.

5- Javier Cercas en EL PAÍS, 6 de junio de 2010.

6- Jorge M. Reverte en EL PAÍS, art. cit.

7- EL PAÍS, 28 de diciembre de 2011, pag. 16.

8- Según Wikipedia, un estudio reciente y exhaustivo de historiadores de la asociación Gernikazarra, dan la cifra exacta de 126 fallecidos.

9- EL PAÍS, 16 de junio de 2010.